



La tercera orilla IX



*De lo que fue y es Tomás Vargas Osorio
porque no fue tan sólo sino que sigue siendo,
pues lo que en él fue ya era y no puede dejar
de ser y seguirá siendo.
Jaime Ardila Casamitjana.*

Suena extraño creer que en pocos años se pueda crear una gran obra, con sentido, con coherencia, con profundidad, con sentimiento y ante todo con alma; y ante esto se podría confirmar que no es el tiempo sino la capacidad de apasionamiento y entrega que se da a lo que se ama, por lo que se vive. Así vivió y fue la obra de Tomás Vargas Osorio. En él estaban todos los ingredientes necesarios para una buena receta, única; en el convergen no sólo su humanidad, sino su tierra, su familia, sus costumbres, el paisaje, la historia.

Describir su persona, su figura, su obra, no será fácil; por eso será necesario leer a sus contemporáneos, aquellos que compartieron con él y conocieron su pensamiento, su vida, su andadura; aquellos que recorrieron con él el camino más extraordinario, pero al mismo tiempo más pedregoso, la vida.

Su vida, su esencia, no sólo era materia, y por eso sería necesario describir sus facetas, para reconocer no sólo al hombre, sino, al poeta.

Era un solitario siempre en guarda de su intimidad, por fuera tímido, pero por dentro está seguro de sí mismo. Se ha encontrado consigo mismo y ésta compañía ha sido para él muy significativa y total. Es por eso que no se apega a nada, no busca acumular ni siquiera riquezas para su sustento, él vive, él siente y eso es todo para él.

No es un aventurero, ni un brillante interlocutor, más bien trata de fugarse del trato con los demás; su vida se refugia en el silencio y en la soledad. Pero ante todo es humilde, de ahí surge la fuerza de su yo, de su obra.

Es innegable su relación con el paisaje, con la tierra, mejor dicho con su tierra; él se considera fruto de ella. No sólo canta la dulzura, también lo amargo, lo duro, lo verdadero, lo vital. Es una obra pura, propia y se podría pensar inacabada. Lector sediento especialmente de los clásicos; de los griegos y latinos aprendió el sentido plástico y armonioso.

Tuvo tres grandes guías, maestros de la novela del siglo XIX. Dickens, de quien extrajo la manera de recordar, la amenidad del relato, la fuerza de las descripciones, el sencillo vigor de los personajes.

De Balzac, toma la suave penumbra del estilo, el gusto por las aldeas, el sentido vivo de lo vernáculo, la intimidad de las cosas vulgares de la existencia, el sentimiento de lo real, la necesidad de extraer todo de la misma vida, de observar, de mirar, de experimentar, el estímulo creciente de la imaginación.

Dostoievski, su profundo conocimiento de los hombres, el descubrimiento de una nueva psicología, la individualización de los caracteres. En él aprendió a desechar todo lo que no fuera el hombre o la vida, y en él conoció la fuerza del destino y la fatalidad de lo que acontece.

El descubrimiento del hombre verdadero, tal como es, le dio a Tomás Vargas Osorio su distintivo, de ahí se nutre y parte su obra.

Como artista se va perfeccionando desde la gestación, el crecimiento y la maduración de sus obras. Lo que va consiguiendo no es para él un término de algo, sino un principio y una continuación. Todo ha sido hecho desde siempre, por eso se atreve a decir que la palabra ha sido hecha a imagen y semejanza de lo que expresa; llega a amar las palabras, haciendo de ellas seres vivos completos.

Por eso Tomás Vargas Osorio fue un poeta, y un poeta puro por excelencia. Su poesía emana de profundas experiencias personales. Para él la contemplación de la muerte física, moral e intelectual sigue siendo semilla y fruto para su obra.

La muerte ha surgido como un cambio de postura ante las cosas; de una vuelta hacia la intimidad para expresarla y conocerla; para algunos, síntomas de melancolía; para otros, síntomas de personalidad literaria.

Para muchos el s. XIX es un siglo de progreso, de optimismo, de fe. Me atrevería a encuadrar a Tomás Vargas Osorio entre el Romanticismo y el Modernismo.

Los Románticos encuentran en el paisaje una sensación melancólica, alegre o sublime; la naturaleza no era una finalidad, sino un valor en sí misma, ya que ella era libre y enseñaba al hombre el abecedario de la libertad. El valor de la tierra y su diversidad, los opuestos fértil-estéril, seco-húmedo, quemante-fresco, diurno-nocturno se encuentran presentes en el poemario.

En sus poemas, Tomás Vargas Osorio nos mostró su vida amenazada por la muerte. Y no sólo por el tiempo, por la naturaleza, por la enfermedad; vivió la experiencia de la muerte que le dio madurez y sabiduría a su persona, a sus escritos, cortos... mínimos... pero donde podemos encontrar las más hondas reflexiones de la conciencia.

A continuación el Poema póstumo que elevó su trabajo, su sabiduría, su madurez, pero ante todo su experiencia de la vida, la verdadera esencia del hombre, su origen, su fin. De Regreso de la muerte, un breve poemario publicado en diciembre de 1939 en Bogotá.

En De Regreso de la muerte Vargas Osorio no sólo describe, manifiesta, comunica, vive. Ya se antepone un matiz de temporalidad del que va y vuelve, del que tiene experiencias vividas, no escuchadas; Dios es el límite y el centro de ésta experiencia y empieza a serlo de su vida; es el encuentro con su mirada, con su presencia, es la sensación plena de la eternidad y del OTRO. Es el encuentro con los sentidos, con la primavera de la vida.

DE REGRESO DE LA MUERTE

A Carlos Martín.

I

No era sombra goteando sobre el párpado.
No era silencio alzándose del labio.
Era luz y sonido golpeando
oído y corazón. Sangre clamando
a la luz meridiana, como árbol
como árbol de raíces desterradas
con sus hojas y nidos sepultados.
(El rostro de Dios se iba acercando).

No era la noche de doradas cumbres.
Sí el día azul y fértil que produce
la leve arquitectura de la rosa,
el pan y el dulce trino de la alondra.
El día azul y fértil, era el día
-alto y firme lo mismo que la espiga-

“Has de cerrar los ojos, tierra estéril,
y abrirlos a otra luz que te conviene.
No más, ya nunca más verás la rosa
ni escucharás el trino de la alondra.
Y otoño, invierno, estío y primavera,
volverán y no tendrás tú venas
con qué sentir ni que un deseo pulse.
No anhelarás partir como la nube
cuando el día disuelve su diamante
en la noche”. Decía así la sangre
batida como un mar por brisas suaves.

Las oscuras arterias, anegadas
fueron de Dios por la marea clara
de sus ojos -zafiro diluido-:
más azules que el alma del estío.
¿Dónde ahora la sangre turbulenta
que amó y odió, ya dulce y ora fiera,
que edificó ciudades para el sueño,
efímeras ciudades de deseo?
Se derrumbaron éstas, arrasadas:
no quedó ni el lugar de una palabra.
Pétreas, albas ciudades de silencio
se alzaron. Como un cuervo huyó el deseo
y sólo quedó sitio para el alma.

II

¿De qué trémula linde
retorno, el corazón maravillado?
¿Qué boscajes ilímites me dieron
la fresca miel de sus rumores blandos?
¿Qué pájaros quebraron en mi oído
sus divinos cristales encantados?
-¿Viajero, de dónde vienes
que así sonrías callado?
¿Qué canción escucharon tus oídos,
qué fruto gustaron tus labios?

¡Ah, que no era el reinado de la larva
oscuro, yerto y hórrido! Que no era
el negro paraíso del gusano,
sino una deleitosa primavera!

Libre de ceño adusto y descarnada
sonrisa horrible, era la muerte
bella como la esposa deseada
que a una pasión más pura nos convierte.

No ceñía sus sienes un anillo
de serpientes, ni tenían sus manos
un color de marfiles amarillos.
¡Róseos eran los cuencos de sus manos!

Ceñíala guirnalda de raíces
verdes, pues de ella nacen las florestas
y alimenta los frágiles países
de las hojas, da son a sus orquestas.

Equilibrio justo, clara potencia,
su próspera entraña todo resume:
del fruto nuevo la sabrosa ciencia
y el espíritu vago del perfume.

¡Ah, que no era el reinado de la larva
oscuro, yerto y hórrido! ¡Que no era
el negro paraíso del gusano,
sino una deleitosa primavera!

III

-¿Viajero, de dónde vienes,
que así sonrías callado?
¿Qué canción escucharon tus oídos,
qué fruto gustaron tus labios?

-Vengo de la Comarca de la Muerte
donde el rostro de Dios iluminado
se reflejó en mi corazón suspenso,
por yelo y fuego suyos rescatado.

En el poema Voz la muerte ocupa el lugar de una tierra seca y de un paisaje agreste en oposición a esta tierra que se deja llena de los encantos del paisaje. Siempre utiliza opuestos. Contra la aridez y la sequedad, el frío y la humedad.

VOZ

*...es esta tierra una
tierra sin lluvia.
Nietzsche.*

Una tierra seca, sin nombre,
acogerá nuestros huesos.
Una tierra estéril, hosca, una tierra
de ceniza, sin pájaros, sin flores y sin fuentes,
una tierra sin blandos rumores, silenciosa,
con altas y frías peñas,
con gargantas de piedra donde habiten
las sombras, serpientes que se anudarán
a nuestros cuerpos.

Una tierra sin aire dulce que la bese,
sin horizontes, sin trinos.
Una tierra seca, sin nombre.
Más piadosa que ésta
que ciñen claros ríos,
que habitan bellas aves, con albas de
ámbar dulce,
con follajes, con fuentes, con rumores y
un aire
tibio que la besa y aldeas y mujeres
cantando en los crepúsculos junto a los
claros ríos,
a las verdes colinas, a los valles azules,
junto a las horas tiernas.
Una tierra seca, sin nombre.

Se ha llegado a pensar que lo insensible y lo falto de humanidad no puede existir en poesía, pero toda aparente deshumanización es algo natural y humano ya que busca evadir todo aquello que oprime, que domina.

“La obra de arte se logra y permanece, en tanto contenga aliento y raíz humanos capaces de hacerla vital”.

Lo irreal y lo humano no se oponen, sino que se integran en la elaboración y continuación de la obra. La poesía de esta época sintetiza experiencias y predice horizontes.

Tomás Vargas Osorio fue Piedracielista, y los Piedracielistas abren un nuevo camino en la Literatura Colombiana; su admiración por la obra de Juan Ramón Jiménez; sus afinidades con la Generación del 27, y ante todo, su indiferencia por los recursos técnicos, temáticos e ideológicos de los movimientos de vanguardia.

En Carlos Martín otro poeta Piedracielista, el benjamín del grupo, encontramos su tallo sustentándose de su propia sangre. Para él, el amor, el instante y la muerte se forjan ocultamente. Su humanidad palpitante, que va más allá, lo lleva a descubrir sus propios límites.

La poesía de Martín parte de lo humano; así entrelaza lo real con lo irreal; es capaz de seguir las nuevas corrientes poéticas, logrando madurar su obra no sólo en Colombia, especialmente en Europa, dándole toques y matices que la caracterizaban.

Dice Pedro Gómez Valderrama (hablando de Martín): “Enseñó a Colombia, enseñó a América Latina a toda una expresión literaria que retrata un continente; y dejó una maravillosa huella, un camino poético que hoy conduce a su casa cercana a Madrid”.

Su obra centrada en temas como el amor, el dolor, el placer, el pecado, el misterio de la vida, ha dejado profunda resonancia. Su obra se convirtió en puente renovador.

En su poema Otoño, la invitación es a encontrarnos con lo que viene y se aproxima, sin miedos, está la seguridad de lo vivido, para qué volver, regresar a buscar lo que no nos pertenece, algo nuevo está naciendo.

OTOÑO

Arregla los papeles. Es ya tiempo. No temas
al rigor del invierno. Aún hay fuego. Arde
un rescoldo de amor y al fulgor de la tarde
nacen aún los besos, los poemas.

Después de todo, mira, no importa, hemos vivido
al borde cotidiano del asombro,
una mirada basta, la voz con que te nombro
basta para olvidar la muerte y el olvido.

¿Para qué regresar en busca de la aldea
natal? El tiempo pasa. Si abres la ventana
de nuevo nace el mundo. Déjame que te vea
a la orilla del alma, real, mía, cercana.

Somos hambre, penumbra, testimonio de seres,
nada nos pertenece, somos rumor profundo
del prodigio que pasa. Escúchame, no esperes
nada más. Mira. Ama. Despídete del mundo.

HACIA EL ÚLTIMO ASOMBRO

Con un sabor de hojas muertas del otoño en los labios,
Vestido de crepúsculo, salió a la calle
En busca del olvido del dulce suicidio. Sus zapatos arrastraban viejas alas de juventud y de
cansancio.
Llevaba clavado en sus pupilas un horizonte
Rencontrado a fuerza de borrar interminablemente su tristeza
En el cristal de las ventanas
Huía de los rincones dominicales, del café con billar
De las siestas de marzo en las tardes de lluvia,
De las noches descalzas en el asfalto, del humo de las chimeneas
De las nubes remendadas bajo las estrellas
Había perdido – o mejor dicho, abandonado – el rumbo
De la conquista del mundo
Había seguido en ciudades y puertos distantes
Huellas de pasos heridores sobre su corazón
Sabía que ya no le quedaba sino la alta voz de su silencio;
La memoria del sueño en el poema
Ya no se decía a sí mismo que hay que hacer algo pronto
Antes de que llegue la sombra
Y lo dejó en la vía, fuera del circo,
Sin embargo, no hallaba los argumentos indispensables
Para el naufragio
Fatigado de esperar la visión del pájaro maravilloso de la belle
Vio volar de su hombro una mariposa blanca
Y siguió de calle en calle y de nostalgia en nostalgia
Al encuentro del último asombro.

Carlos Martín también es un desprendido, ama la vida pero no quiere acapararla. Tanto Tomás Vargas Osorio como Carlos Martín son visionarios no sólo para su época como piedracielistas; sus escritos son profundas reflexiones, su inspiración está centrada en la vida, en el hombre de carne y hueso como decía Unamuno, el que nace, padece, goza, muere. Son creadores y traductores de su misma experiencia vivida.

Cada uno cumple con el cometido que le correspondió, no son sólo precursores a través de su trabajo literario, que en este caso es la poesía. El primero, sin saberlo, pudo trascender su vida y

la historia aunque con una deuda de parte de nosotros; el segundo, trascendió los límites no sólo de su vida, sino de la geografía y llevó la palabra con la fuerza, asombro y vitalidad que la caracterizó.

Creo que en este momento Tomás Vargas Osorio está de nuevo de regreso; ya no de la muerte, sino del viaje de la vida. Porque la palabra no muere, se transforma y traspasa los límites del tiempo y de la memoria.

Referencias Bibliográficas.

Cuadernos de Piedra y Cielo. Ministerio de Educación Nacional. Instituto Colombiano de Cultura. Biblioteca Colombiana de Cultura. Colección Popular. 1939-1940.

Tomás Vargas Osorio. Obras. Tomo I. Estudio Preliminar. Jaime Ardila Casamitjana. Imprenta del Departamento. Bucaramanga. 1944.

Tomás Vargas Osorio. Poesía. Biblioteca Mínima Santandereana No. 1. Dirección Cultural. UIS.

divcult@uis.edu.co. Bucaramanga, septiembre del 2008

Ser santandereano y “Crisis de Occidente” en la obra poética y la ensayística de Tomás Vargas Osorio Óscar Torres Duque*

http://www.javeriana.edu.co/revistas/Facultad/literatura/cuadernos/anexo/articulo/doc/145_TorresDuque27.pdf

